

MELILLA

Tardé en conocer Melilla, este rincón de España en África lleno de sorpresas, más de las que nadie pudiera imaginarse. Quizá sea esa tardanza la que ahora me incita a realizar esta reseña. Quizá sea que, por allí, el peso de la historia es tan fuerte que despierta emociones nuevas o adormecidas que incitan a recordarlas por escrito, con el ansia de que perduren para



siempre. Parece mentira que en poco más de doce kilómetros cuadrados de tierra pueda albergarse tan especial contenido, capaz de suscitar un sinnúmero de diferentes sensaciones.

Lo primero que me llamó la atención, aunque otros aseguren lo contrario, no fue la mezcla étnica de los habitantes, porque me lo esperaba. En cambio, como ya no me lo suponía tanto, me resultó llamativa la convivencia armoniosa de distintas culturas: comunidad cristiana, comunidad musulmana (bereberes fundamentalmente), comunidad judía y la comunidad hindú.

Los habitantes de Melilla, todos, desarrollan sus labores en un marco de tranquilidad que se transmite al visitante. La paz que se respira en el ambiente nos conduce, sin darnos ni cuenta, a olvidarnos del mundo estresante del que venimos. El forastero se va a encontrar con que lo observan para, si lo necesita, ofrecerle la máxima disposición, porque se sienten deseosos de agradar, hasta el extremo que bastan horas contadas para hacerte con amigos inolvidables. Por aquellas tierras, cercanas y lejanas, me encontré con españoles de raíz, que a estas alturas de nuestro transcurrir por la actual y tantas veces mal entendida democracia, por lo menos en algunos aspectos, resulta muy de agradecer, si no mentimos. Los sentimientos de los melillenses se encuentran por encima de la mezcla, sin lugar a dudas singular, de todos los usos, costumbres y religiones. Les divierte mostrar todo lo suyo, sin escatimar esfuerzos en tal empeño. Resulta evidente que les encantan los visitantes. Reconocen, eso sí, con razón, que lo de la valla les está generando una mala imagen. Nosotros no hemos sido una excepción, por inevitable. Como tantos otros, hemos llegado condicionados por tanto telediarario que no sabe vender más que desgracias. No se lo merecen, lo aseguro.

Melilla es inexcusablemente exótica. Se lo debe al misterio de África. También contribuyen a ello su agradable clima y el mar. Este último desempeña un importante papel, resulta un protagonista de excepción, a través de dos kilómetros de playas de arena fina y del espléndido Puerto



Deportivo Noray. Pero, otra sorpresa más, Melilla, por encima de todo, se trata de una ciudad moderna, europea, mucho más de lo que pudiera esperar quien no la conoce, con curiosas pinceladas, eso sí, de un pasado que se resiste a desaparecer. Cuenta con una población aproximada de 77.000 habitantes, y posee la tasa de

natalidad más alta de España. Y lo más asombroso, ahora sí, para mí la marca y la auténtica sorpresa de esta ciudad, lo más llamativo a primera vista:



sus edificios de arquitectura modernista y “art decó”, que se muestran por doquier compitiendo en colorido y explosiva fantasía. El centro neurálgico de la ciudad lo constituye la hermosa Plaza de España, no podía faltar allí ese nombre, presidida por el Palacio de la Asamblea de la Ciudad Autónoma (el antiguo Ayuntamiento). En

esa zona se encuentran los edificios más emblemáticos, como es el Casino Militar. En el mismo centro de la plaza, rodeado de una zona ajardinada, se encuentra el monumento a los Héroes de las Campañas de África.

Felizmente unida a la ciudad nueva se encuentra Mellilla la Vieja o “El



Pueblo” o, como muchos también la refieren, La Ciudadela. Comprende el recinto fortificado que comenzó a construirse en el siglo XV sobre la roca (un peñón que se adentra en el Mediterráneo, unido a tierra firme por un istmo) que sirvió de asiento a la antigua Rusadir de fenicios y romanos. Fue desde ahí, por lo que tiene una gran carga

simbólica para la ciudad, desde donde se realizaron los disparos del cañón “El Caminante” que determinó los actuales límites de Melilla. Constituye una fortaleza de gran interés histórico-turístico, muy bien restaurada, dividida en cuatro recintos amurallados, tres de ellos se internan en el mar

y sólo uno, el cuarto, está sobre el continente. Cada uno de ellos está comunicado con el inmediato por una puerta, separada y protegida por un foso con un puente levadizo, que los aislaban entre sí en caso de asedio o ataque. El conjunto se encuentra perfectamente integrado en la ciudad nueva, con la que forma un todo, a través de una actividad derivada de



distintos museos (como el Arqueológico o el de Historia Militar) y diferentes tipos de negocios, que operan eficazmente como nexo entre la parte nueva y la vieja. En una de sus calles está la casa donde el 11 de Agosto de 1932, como atestigua la correspondiente placa, nació uno de sus ciudadanos del que se sienten más orgullosos, el escritor, cineasta y fundador del Grupo Pánico Fernando Arrabal, creador de un teatro genial, sorprendente y provocador. En el Parque Hernández figura su busto sobre un pedestal, el cual fue inaugurado en el año 2002.

Pero en Melilla, quede claro, si hay algo donde poder perderse, quiero decir definitivamente, es en la maravillosa diversidad de propuestas gastronómicas. Cena en El Juanito para el marisco, de primera y moderado en el precio. En El Caracol Moderno 2, recientemente remozado, comida típica berebere. Un lugar muy especial, el Miguel Benítez, en pleno Paseo Marítimo. Un té moruno en Los arcos. Y tantos otros sitios que me dijeron que no se merecen el olvido.

He sido un viajero fugaz. He gozado con ella, la gran desconocida, bella, misteriosa, con su no sé que de salvaje. Fue capaz de fascinarme. Posee los poderes que surgen de quien está seguro de que tiene algo más que ofrecer, capaz de hacerte creer que bien pudiera ser lo más importante, lo decisivo. Por eso, precisamente por eso, sé que necesito volver a verla. Melilla, imposible olvidarla.